

La certeza inductiva del psicoanalista

TOMÁS PAL

Cabe afirmar que la 35^{ta} conferencia de Sigmund Freud, “En torno a una cosmovisión”, condensa gran parte de su concepción acerca de la actividad científica. Publicado en 1933¹ junto al resto de las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, podríamos decir que dicho escrito, en estrecho diálogo con la religión y la filosofía, constituye uno de los sitios epistemológicos privilegiados de su obra. Allí Freud se ocupa de los diversos aspectos en torno a los cuales concibe la producción del conocimiento.

Quien posea una lectura exhaustiva de la obra freudiana podrá objetarnos semejante sentencia, citando, por ejemplo, el comienzo de “Pulsiones y destinos de pulsión” (Freud, 1915), cuyos primeros párrafos acerca de la edificación conceptual de una teoría son la muestra indiscutible de una humildad que no debemos pasar por alto. No lo negamos, tan sólo nos interesa conducir nuestros argumentos hacia otra dirección.

El célebre libro de Karl Popper, *La lógica de la investigación científica*, tuvo su primera aparición en alemán el otoño de 1934,² inaugurando una etapa epistemológica de corte deductivista, seguida por Gaston Bachelard, Thomas Kuhn, Paul Feyerabend, Alan Chalmers e Imre Lakatos, fundador del falsacionismo sofisticado.

No es nuestra intención realizar una crítica sistemática del modelo epistemológico freudiano y popperiano, ya que precisaríamos analizar con detenimiento y rigor gran parte de sus obras, sino más bien visibilizar dos posiciones contemporáneas opuestas en función de dos textos específicos. Lo consideramos de suma importancia en el campo psicoanalítico, ya que de allí derivan problemas que de ningún modo nos son ajenos, pues conservan toda su actualidad. Ya veremos.

¹ Freud tenía 76 años. Se trata del último Freud.

² Luego fue reescrito en inglés y publicada nuevamente en 1959.

Por el lado de Freud

Comencemos con el texto de Freud, quien allí define la investigación científica del siguiente modo:

“La elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas, vale decir, lo que se llama ‘investigación’; y junto a ellas no hay conocimiento alguno por revelación, intuición o adivinación.” (Freud, 1933: 147)

“El espíritu científico, fortalecido en la observación de los procesos naturales, empezó en el transcurso de las épocas a tratar la religión como un asunto humano y a someterla a un examen crítico.” (Freud, 1933: 149)

Para Freud, toda investigación científica comienza con la observación y se robustece a través de ella. Más adelante encontramos el núcleo de su concepción epistemológica, la cual nos provee con gran claridad y un firme autoconvencimiento:

“El pensar científico no es diverso por su esencia de la actividad normal del pensamiento que todos nosotros, creyentes y no creyentes, aplicamos en nuestros menesteres vitales. Sólo en algunos rasgos ha cobrado particular relieve; se interesa también por cosas que no poseen una utilidad directa y palpable, se empeña por mantener cuidadosamente alejados los factores individuales y las influencias afectivas, somete a riguroso examen la certeza de las percepciones sensoriales sobre las que edifica sus inferencias, se procura nuevas percepciones inalcanzables con los medios cotidianos y, variando deliberadamente ciertos experimentos, aísla las condiciones de esas experiencias nuevas. Su afán es lograr la concordancia con la realidad, o sea, con lo que subsiste fuera e independientemente de nosotros, y que, tal como la experiencia nos lo ha enseñado, es decisivo para el cumplimiento o la frustración [*Vereitelung*] de nuestros deseos. Llamamos ‘verdad’ a esta concordancia con el mundo exterior objetivo [*real*]. Ella sigue siendo la meta del trabajo científico aunque dejemos de lado su valor práctico.” (Freud, 1933: 171)

Algunas páginas más adelante agrega:

“El progreso en el trabajo científico se consuma exactamente como en un análisis. Uno aporta al trabajo ciertas expectativas, pero se ve precisado a refrenarlas. Por medio de la observación se averigua algo nuevo ora aquí, ora allí; los fragmentos no concuerdan al comienzo. Se lucubran conjeturas, se crean construcciones auxiliares que uno retira cuando no se corroboran, hace falta mucha paciencia, estar presto para todas las posibilidades, renunciar a convencimientos prematuros bajo cuya compulsión acaso se pasarían por alto factores inesperados, y al final todo ese gasto recibe su recompensa: los hallazgos dispersos se compaginan, se consigue inteligir toda una pieza del acontecer anímico, esa tarea queda lista y se está libre para abordar la siguiente. Sólo del auxilio que el experimento significa para la investigación es forzoso privarse en el análisis. Pero en esa crítica a la ciencia hay una buena dosis de exageración. No es cierto que marche ciega, a los tropezones, de un ensayo a otro, que permute un error por otro. En general trabaja como el artista con el modelo de arcilla: modifica sin descanso el esbozo grosero, le agrega y le quita material hasta conseguir un grado satisfactorio de parecido con el objeto visto o representado. Y por otra parte, al menos en las ciencias más antiguas y maduras existe ya hoy un cimiento sólido que sólo es modificado y completado, pero no retirado. No tienen tan mal aspecto las cosas en la empresa científica.” (Freud, 1934: 161)

De ambas citas pueden deducirse, al menos parcialmente, varias cuestiones:

1. Que, para Freud, toda investigación comienza con la observación, la cual arroja *certezas* fundadas en percepciones sensoriales. Luego advienen las inferencias, hipótesis o conjeturas. A lo largo del texto está establecida la diferencia entre los términos. Entonces: primero la observación, luego la hipótesis (problema trabajado con exhaustividad y gran acierto por el Dr. Alfredo Eidelsztejn, en su curso de posgrado titulado “El psicoanálisis por venir”).

2. Que la actividad del científico no es distinta a la del psicoanalista, con la salvedad, aclara él, de que en psicoanálisis no es posible contar con el auxilio del experimento.

3. Homologada la actividad de ambos, es importante destacar que para Freud no existen diferencias esenciales entre la actividad científica y el modo de pensar “normal” de los legos en la vida cotidiana. En este sentido, podemos decir que su posición acerca de la demarcación entre lo científico y lo no científico resulta de la especialización del científico por sobre el lego, lo cual nos lleva al siguiente punto.

4. La pregunta por el ámbito de trabajo del científico. El científico es alguien que trabaja en un laboratorio. Idea que se deduce con facilidad cuando Freud afirma que “se procura nuevas percepciones inalcanzables con los medios cotidianos”. No es descabellado suponer que se refiere al microscopio.

5. Su meta es alcanzar la “verdad”, definida como la concordancia entre aquello estudiado y la realidad exterior, independientemente del investigador.

6. Como consecuencia directa de su conceptualización sobre la realidad “afuera” (en contraposición a la realidad “psíquica”, muy vinculada en el texto a la idea de “ilusión”), para Freud será imprescindible que tanto el científico como el psicoanalista mantengan una actitud neutral frente al objeto estudiado.

Por el lado de Popper

En términos generales, podríamos decir que el libro de Popper plantea dos problemas fundamentales: el de la inducción y el de la demarcación, ambos íntimamente vinculados. Enfoquémonos en el problema de la inducción. Así comienza el libro:

“El hombre de ciencia, ya sea teórico o experimental, propone enunciados –o sistemas de enunciados– y los contrasta paso a paso. En particular, en el campo de las ciencias empíricas construye hipótesis –o sistemas de teorías– y las contrasta con la experiencia por medio de observaciones y experimentos.” (Popper, 1934: 28)

De dicha cita es necesario destacar al menos dos cuestiones. Por un lado, desde el inicio Popper aclara que todo hombre de ciencia, sin importar su campo específico de

aplicación, comienza proponiendo enunciados y luego los contrasta escalonadamente. Para Popper “las teorías son redes que lanzamos para apresar aquello que llamamos ‘el mundo’: para racionalizarlo, explicarlo y dominarlo. Y tratamos de que la malla sea cada vez más fina” (Popper, 1934: 57).

Algunos párrafos más adelante, ya adentrado en los problemas metodológicos propios de la vía inductiva, dice lo siguiente:

“Es corriente llamar ‘inductiva’ a una inferencia cuando pasa de enunciados singulares (llamados, a veces, enunciados ‘particulares’), tales como descripciones de los resultados de observaciones o experimentos, a enunciados universales, tales como hipótesis o teorías. Ahora bien, desde un punto de vista lógico dista mucho de ser obvio que estemos justificados al inferir enunciados universales partiendo de enunciados singulares.” (Popper, 1934: 28)

Lo que se conoce hace tiempo como el problema del *cisne negro*. Es decir, que no es posible derivar enunciados universales a partir de una cantidad finita de observaciones singulares, ya que en cualquier momento podría encontrarse un enunciado observacional que tire por tierra el universal. Además, hacer afirmaciones de este tipo equivaldría a establecer que todo enunciado universal se sostiene en inferencias inductivas singulares a partir de lo experimentado (en un sentido amplio).

En última instancia, lo que interesa destacar es que la vía inductiva por la cual procede Freud resulta problematizada en todas sus dimensiones. Hasta el momento hemos destacado tan sólo una de ellas. Continuemos con la siguiente: la convicción propia de aquello que se experimenta.

“Si separamos claramente los aspectos psicológicos del problema de los lógicos y metodológicos, hemos de distinguir, por una parte, nuestras experiencias subjetivas o nuestros sentimientos de convicción, que no pueden jamás justificar enunciado alguno (aun cuando pueden ser objeto de investigación psicológica), y, por otra, las relaciones lógicas objetivas existentes entre los diversos sistemas de enunciados científicos y en el interior de cada uno de ellos.” (Popper, 1934: 43)

Y agrega:

“Por intenso que sea un sentimiento de convicción nunca podrá justificar un enunciado. Por tanto, puedo estar absolutamente convencido de la verdad de un enunciado, seguro de la evidencia de mis percepciones, abrumado por la intensidad de mi experiencia; puede parecerme absurda toda duda [...]. Desde el punto de vista epistemológico, carece enteramente de importancia que mi sentimiento de convicción haya sido fuerte o débil, que haya procedido de una impresión poderosa o incluso irresistible de certeza indudable (o ‘evidencia’), o simplemente de una insegura sospecha: nada de todo esto desempeña el menor papel en la cuestión de cómo pueden justificarse los enunciados científicos.” (Popper, 1934: 45)

Destacamos la maniobra en juego, la de separar explícitamente los aspectos psicológicos de los metodológicos a la hora de establecer críticamente la justificación de enunciados científicos. En este sentido, queda nuevamente en cuestión el valor otorgado por Freud a todos aquellos fenómenos o sensaciones –certeras, dice él– sobre los cuales fundamenta el avance de su investigación psicoanalítica. El ejemplo más notable es la convicción de la existencia del inconsciente.³ No podemos dejar de señalar la paradoja en juego, ya que consideramos que uno de los aportes más radicales del pensamiento freudiano consiste en que desde la invención⁴ del inconsciente ya no podemos estar absolutamente seguros del estatuto de aquello que pensamos y sentimos (Eidelsztein, 2012). La veracidad del fenómeno queda cuestionada.

Avancemos un poco más para explicitar con la mayor claridad posible la posición de Popper acerca del conocimiento a través de la experiencia personal, fundada en la percepción de los fenómenos. Más adelante nos dice con gran ironía:

“En las epistemologías del sensualismo y del positivismo se supone, sin más, que los enunciados científicos empíricos ‘hablan de nuestras experiencias’: pues, ¿cómo podríamos haber llegado a ningún conocimiento de hechos si no

³ Y todo tipo de convicción o certeza sostenida en argumentos del tipo: “Lo experimenté en mi análisis”.

⁴ Ya que todo descubrimiento –al menos en nuestro campo– no es más que la causa retroactiva de una invención.

fuera a través de la percepción sensorial? La mera lucubración no puede hacer que nadie aumente una jota su conocimiento del mundo de los hechos, y, por tanto, la experiencia sensorial ha de ser la única ‘fuente de conocimiento’ de todas las ciencias empíricas. Así pues, todo lo que sabemos acerca del mundo de los hechos tiene que poderse expresar en forma de enunciados acerca de nuestras experiencias; sólo consultando nuestra experiencia sensorial puede saberse si esta mesa es roja o azul. Por el sentimiento inmediato de convicción que lleva consigo podemos distinguir el enunciado verdadero –aquél que está de acuerdo con la experiencia– del falso –que no lo está–. La ciencia no es más que un intento de clasificar y describir este conocimiento perceptivo, estas experiencias inmediatas de cuya verdad no podemos dudar: es la presentación sistemática de nuestras convicciones inmediatas.” (Popper, 1934: 90)

No sólo desacredita de manera radical todo conocimiento que provenga de la percepción sensorial de cada quien, ¡sino que además las llama epistemologías del sensualismo! Lo consideramos sumamente atinado, ya que el término queda directamente asociado a la seducción que ejerce la mayoría de las veces quien debe persuadir a su interlocutor acerca de la verdad en juego de lo experimentado por la vía corporal. En palabras de Popper:

“Recuerda demasiado a la inducción baconiana; sugiere en exceso su industrioso acumular los ‘incontables racimos, maduros y en sazón’ de los que esperaba que fluyese el vino de la ciencia, su mito de un método científico que partiera de la observación y el experimento para avanzar luego hasta las teorías. (Diremos de pasada que este método legendario aún inspira algunas nuevas ciencias, que intentan practicarlo debido a la general creencia de que constituye el método de la física experimental).

El avance de la ciencia no se debe al hecho de que se acumulen más y más experiencias perceptivas con el correr del tiempo, ni al de que haríamos cada vez mejor uso de nuestros sentidos. No es posible destilar ciencia de experiencias sensoriales sin interpretar, por muy industriosamente que las acumulemos y escojamos; el único medio que tenemos de interpretar la naturaleza son las ideas audaces, las anticipaciones injustificadas y el

pensamiento especulativo [...]. El experimento es una acción planeada, en la que todos y cada uno de los pasos están guiados por la teoría. No tropezamos con nuestras experiencias, no las dejamos inundarnos como un río; sino que, más bien, hemos de ser activos, hemos de ‘hacer’ experiencias [...]. El antiguo ideal científico de la episteme –de un conocimiento absolutamente seguro y demostrable– ha mostrado ser un ídolo. La petición de objetividad científica hace inevitable que todo enunciado científico sea provisional para siempre [...]. Solo en nuestras experiencias subjetivas de convicción, en nuestra fé subjetiva, podemos estar ‘absolutamente seguros’.” (Popper, 1934: 260)

Destacamos varias cuestiones. La primera de ellas, que para Popper no existe tal cosa como la neutralidad en el terreno de la ciencia. Lo que llama “hacer experiencias” es precisamente el producto de un programa en el cual sus investigadores tienen una función indudablemente activa en el proceso; alterando en gran medida aquello que estudian. Es por eso que menciona con astucia los problemas epistemológicos que conllevó el principio de incertidumbre de Heisenberg.

Además, aclara Popper en una nota al pie, que “nuestro lenguaje habitual está lleno de teorías, que llevamos a cabo toda observación a la luz de teorías, que el prejuicio inductivista es lo único que lleva a muchos a creer que podría existir un lenguaje fenoménico, libre de teorías y distinguible de un ‘lenguaje teórico’” (Popper, 1934: 57).

A lo largo del libro señala que en su opinión la física es el paradigma de la ciencia (hoy continúa siéndolo). Por último, señala el grosero error que cometen determinados hombres de “ciencia”, al creer que la física procede acumulando observaciones y teorizando acerca de ellas. Ya en ese entonces existía hacía tiempo la *física teórica*.

Arribamos finalmente al punto neurálgico de su posición epistemológica:

“Así pues, la situación real es bastante diferente de la que era visible para el empirista ingenuo, o para el creyente en la lógica inductiva. Este cree que empezamos por recopilar y ordenar nuestras experiencias, y que así vamos ascendiendo por la escalera de la ciencia [...]. Pero si se me ordena ‘registre lo que experimenta ahora’, apenas sé cómo responder a esta orden ambigua: ¿he de comunicar que estoy escribiendo?; ¿que oigo llamar un timbre, vocear

a un vendedor de periódicos o el hablar monótono de un altavoz?; ¿o he de informar, tal vez, que tales ruidos me llenan de irritación? Incluso si fuera posible obedecer semejante orden, por muy rica que fuese la colección de enunciados que se reuniese de tal modo, jamás vendría a constituirse en una ciencia: toda ciencia necesita un punto de vista y problemas teóricos.” (Popper, 1934: 101)

Para decirlo de otro modo: sin criterios de observación establecidos de antemano por determinado modelo teórico, no se sabrá qué observar.

Diagnóstico y posicionamiento

A lo largo del texto creemos haber establecido con la mayor claridad posible las diferencias netas entre la perspectiva epistemológica de ambos autores. Es momento de librarnos de los nombres propios y servirnos de dichas oposiciones para reflexionar acerca de la posición del psicoanalista en su práctica cotidiana. Nos referimos al análisis, pero también al dispositivo de supervisión y al rol que ejercen en la transmisión del psicoanálisis. Reconocemos entonces dos posiciones claras.

La primera de ellas. Consideramos que representa gran parte de la comunidad analítica. Supone que toda investigación científica comienza con la observación de fenómenos naturales dados, a partir de los cuales solo en una segunda instancia se elaboran hipótesis. Su conceptualización del progreso científico es el siguiente: piensa que procede por vía acumulativa, a partir de inferencias inductivas basadas en *certezas*, aportadas en gran medida por el uso del cuerpo propio como instrumento: “que no engaña”. Cree que lo grueso de la actividad científica se realiza en un laboratorio, íntimamente vinculado a las ciencias naturales y a una idea romántica acerca de la “naturaleza”. Sostiene una bipartición entre la “realidad psíquica” y la “realidad concreta”. La primera de ellas es interior a cada individuo, mientras que la segunda existe por fuera e independientemente de cada quien. Su idea acerca de la verdad se funda en la adecuación de la cosa frente a lo real. Dicha concepción trae aparejada la necesidad de la posición del investigador neutral, ya que de cualquier otro modo corre el riesgo de contaminar “aquello que hay” (por decirlo de algún modo). Por último, el

prestigio y la jerarquía institucional quedan indefectiblemente asociados a la experiencia, la edad y todo tipo de atributos relativos a la vivencia personal (tales como “haber conocido a Masotta”, “haber supervisado con Lacan”, “haberse analizado con un maestro de escuela”, etc.).

En franca oposición, y constituida por la minoría de los psicoanalistas, la segunda posición asume que no hay investigación sin una pregunta o hipótesis previa que la dirija. El progreso científico está vinculado a nuevas teorías más audaces, con mayor potencia explicativa y mayor capacidad de predicción. No tiene fin; ya que cada saber adquirido supone la renovación de nuevos campos no sabidos e inexplorados. Cuestiona la revelación del fenómeno en sí mismo. El cuerpo puede engañar. La actividad científica es eminentemente teórica. Su paradigma es la física. No existe tal cosa como la posición neutral de quien investiga. Es él quien guía el experimento paso a paso, alterando en gran medida aquello que “observa”. Finalmente, la experiencia personal de cada quien no tiene ningún valor. Sus exigencias son la claridad, la argumentación, la diferenciación, la coherencia interna, la crítica, el rechazo de la transmisión oscurantista y del principio de autoridad, etc.

De aceptarse la tesis de que el psicoanálisis es un método de investigación orientado hacia la ciencia, en última instancia, se trata de elegir entre la certeza inductiva o la fe conjetural. Cada quién dirá.

Fecha de recepción: 14 de abril de 2017

Fecha de aprobación: 6 de agosto de 2017

Bibliografía

- Eidsztein, A. (2014). “El origen del sujeto en psicoanálisis. Del Big Ban del lenguaje y el discurso en la causación del sujeto”. En *El rey está desnudo*, 5, pp. 7-55.
- Eidsztein, A. (2008). “El psicoanálisis por venir”. Recuperado de <http://www.alfredoeidsztein.com.ar>.
- Freud, S. (1933). “En torno a una cosmovisión”, en *Obras completas*, vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1986, pp. 146-68.